

TERRITORIO CULTURAL

No. 2

Agosto de 1999

Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia

Dirección de Cultura

Medellín, Colombia

Tierra y territorialidad

Palabras pronunciadas en el acto de entrega del primer número de *Territorio cultural*

Édgar Garavito

Agradezco a la Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia la invitación al lanzamiento de la revista *Territorio Cultural*. Los felicito por la creación de este medio cultural, muy importante para la región. A los presentes quiero agradecerles por la asistencia y el interés. Voy a hacer una exposición muy breve.

Yo procedo de un medio académico, de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional, y fui invitado para que dijera unas breves palabras en relación con la noción de territorio, ya que la revista se denomina *Territorio cultural*, tema que de alguna manera he trabajado en algunos de mis cursos. Brevemente voy a hacer algunas apreciaciones en relación con el concepto de territorio. Son ideas que quizá puedan contribuir a aclarar un

poco esta noción y la importancia que ella tiene en el medio cultural.

Pondré en relación tres o cuatro conceptos. Todos tienen la raíz latina *terra*. Voy a poner en relación la tierra, lo terrígeno, lo territorial y la territorialización. Las cuatro nociones tienen la raíz *terra* y con ellas espero poder contribuir con la revista y concretamente con el estudio del problema del territorio.

De la tierra, primera noción que menciono, pudiéramos decir que procede de los griegos desde *La teogonía* de Hesíodo. El poeta Hesíodo es retomado por Aristóteles en la *Física*, parágrafo 208, cuando dice lo siguiente: “Y podría parecer que Hesíodo hablaba con razón cuando hizo del caos la realidad primordial. Lo primero fue el caos y luego Gea,

la tierra, la de amplio seno”. Según Hesíodo la tierra procede del caos. Podríamos decir en cierta forma que cada uno de nosotros tiene su tierra, tiene su casa.

Esa tierra, esa casa, y también ese caos, los encontramos en muchas cosas. Por ejemplo, en el simple acto de despertar en la mañana yo veo la relación con Hesíodo. Habría en el momento de despertar, o en los minutos anteriores, una relación con el caos: todo está disperso, fragmentado. Recuerden al respecto *En busca del tiempo perdido*, de Proust. Allí aparece el niño durmiente que comienza a despertar; todo el entorno parece proceder del caos y las formas conocidas no se recomponen: el armario, la mesa, la chimenea, la ventana, todo parece mezclado, fragmentado. Lo mismo sucede con el lenguaje: también al dormir el lenguaje parece proveniente del caos, fragmentado e impreciso. Luego, al despertar, las cosas y las palabras poco a poco se recomponen, ocupan su lugar. Diríamos que el yo, el ego, se define o se redefine y que de alguna manera las cosas vuelven a adquirir la pesadez habitual.

Si la tierra procede de caos, como dice Hesíodo, al despertar habría que poder entrar en la tierra. Para entrar en ella es necesario tener un ritmo de incorporación, un ritmo con el que uno pueda vivir y atravesar el día. Claro está que hay que despertarse tranquilos, armónicos, agradables y hay despertares terroríficos.

Si tomamos otro de los grandes autores del siglo xx, recuerden ustedes el despertar de Gregorio Samsa. Una mañana despierta transformado en un monstruo insecto, con innumerables patas moviéndose sobre su vientre oscuro y arqueado. Y esto en Kafka es literal, no es ninguna metáfora.

Digamos que antes de despertar a lo Kafka, antes de entrar uno en lo *terro-rífico*, se entra simplemente en la tierra. La tierra es como la casa. Para poder entrar allí y vivir el día es necesario trazar ciertos espacios, ciertos círculos o centros por frágiles que sean. Es necesario organizar de alguna manera ese espacio o por lo menos darle algo de consistencia.

Entrar en la tierra puede ser, como ustedes se dan cuenta, el paso de Caos a Tierra en la mitología griega o el paso de la noche al día para cada uno de nosotros. Cuando ya se está en la tierra se viven entonces dos peligros: un primer peligro sería volver al caos, sentir tantos obstáculos en la tierra en la que se trata de vivir que termine uno por perderse de nuevo en el caos. El otro peligro sería resultar completamente territorializado, cuando en nuestra vida las posibilidades de invención, de creación, de improvisación se pierden. Ser territorializado quiere decir estar capturado por unos aparatos geométricos, semiológicos o interpretativos rígidos que hacen que en nuestra vida no podamos abrirnos hacia un acto creador. *Territorialización y desterrito-*

rialización son conceptos procedentes de la filosofía de Deleuze y Guattari. Ser territorializado correspondería a estar capturado sin posibilidad creativa. Y la desterritorialización correspondería al acto por el cual se rompe la captura.

Entre tierra y territorialización, que serían dos polos extremos, quiero plantearles dos conceptos intermedios: lo terrígeno y lo territorial. Terrígeno es una simple palabra que retomo de una enciclopedia, pero trato de crear allí un concepto. La palabra terrígeno me sirve para la creación de mi concepto porque *genos* quiere decir creación, surgimiento, nacimiento. Y terrígeno es lo que nace, lo que es creado por la propia tierra. Lo territorial, en cambio, es más bien una creación humana: los humanos crean territorio y también los animales lo hacen. De esta manera tendríamos cuatro conceptos: tierra y territorialización como los conceptos extremos y, en el centro, tratando de encontrar un punto de enlace que nos permita avanzar en algo creativo, encontraríamos los conceptos de “lo terrígeno” y “lo territorial”. Lo terrígeno es una expresión de la propia tierra y lo territorial es más que todo una expresión humana o animal.

Terrígeno quiere decir fuerza que nace de la tierra y que produce una dinámica, un movimiento. No crean ustedes que la tierra es lo estable, lo quieto, lo que no se mueve. Galileo y Copérnico hicieron una gran revolución científica en el Renacimiento, cuando

dijeron que la tierra se mueve alrededor del sol y sobre sí misma. Sin embargo, el imaginario cultural occidental que viene después de Galileo y de Copérnico quiere que la tierra sea lo estable, lo que no se mueve y por eso en la historia de la ciencia uno encuentra ejemplos de intentos por volver a producir la revolución de Galileo y Copérnico en el imaginario cultural. Por ejemplo en el año 1905 un geólogo, geofísico y meteorólogo alemán llamado Alfredo Wegener tuvo que volver de alguna manera a hacer la revolución de Galileo porque las conciencias y los imaginarios no aceptaban ya que la tierra se moviera. Wegener propuso una hipótesis un tanto rara. Pero hay que decir que toda creación procede de la rareza y no de lo sabido. Wegener dijo que los continentes se desplazan, proponiendo una teoría *orogénica*. Los continentes, según Wegener, formaban antes una única masa terrestre que él llamaba el “pangeo”, es decir, el “todo tierra”. En un momento de la formación de la tierra se produce la separación de los continentes y el viaje de los continentes hasta su lugar actual. Este ejemplo muestra que Wegener tuvo que revolucionar el imaginario que creía que la tierra es lo estable para poder hablar de movimiento de los continentes.

Efectivamente la tierra se mueve, tiene su dinámica; la tierra es lo que permanentemente tiene un dinamismo. Diríamos, en términos de Guattari, que la tierra es la desterritorializada, la que

no se somete a los territorios como formas, sino que más bien en su dinámica fluye por fuera del territorio. Pero no solamente está el caso de Wegener. Podemos recurrir también como ejemplo a las culturas aborígenes latinoamericanas. En la lengua quechua (o quichua como los incas la nombran) *asurco* es montaña y *asur* es el espíritu potente de la tierra que cuando emana forma las montañas. De manera que en unas culturas tan distintas como la quechua y la alemana encontramos esa idea del movimiento de la tierra. Eso es lo que yo llamaría lo terrígeno, es decir, la tierra que se mueve, la tierra que tiene un dinamismo.

Un bello ejemplo de lo terrígeno nos lo dan los desiertos. Comúnmente para nosotros los desiertos son algo muerto. Tierra muerta. Passolini dice que los hebreos se encaminaron hacia el desierto y caminaron todo el día desde la aurora hasta el crepúsculo, viendo la igualdad y la permanencia del desierto hasta que se formó en ellos, con el paso del tiempo, la idea de unidad. Eso dice Passolini en un texto muy bello, pero quizá contra Passolini el desierto es un espacio abierto, dinámico, no inmóvil. Para dar una idea de lo terrígeno digamos que en el desierto aparece y luego desaparece una tierra muy extraña que es el oasis. Es como si la tierra se plegara en el desierto y al plegarse formara un oasis, un espacio con vegetación y con manantiales de agua. En medio del desierto la tierra hace un oasis y los nómadas, los tuaregs, sa-

ben perfectamente dónde está el oasis, dónde desaparece y dónde vuelve a aparecer y lo saben encontrar. Cualquiera de nosotros se perdería en medio del desierto; un nómada del desierto, no. Quizá porque ellos mantienen su cuerpo en relación con lo terrígeno, con las fuerzas de la tierra. Lo que nosotros no vemos, accidentalmente perdidos en el desierto, ellos lo saben descubrir. Ellos saben encontrar perfectamente el oasis, esas fuerzas de la tierra que se expresan como oasis y que les permiten sobrevivir.

La tierra es tan dinámica que por ejemplo en el caso de los oasis pasa de lo virtual a lo actual. El oasis es actual y cuando lo vamos a alcanzar se puede volver virtual. Es algo que se dice en las artes contemporáneas: el paso de lo virtual a lo actual, los nómadas, seres terrígenos, logran sobrevivir. Ser territorializado sería fatal en el desierto geológico y en el desierto urbano. Ser territorializado es moverse a partir de modelos rígidos de comportamiento, de geometrías que controlan el territorio o de semiologías, signos y escrituras que vuelven el territorio un lugar de captura. Siempre corremos el riesgo de caer en una situación como la de estar en el desierto y no poder sobrevivir. Tal vez al ser territorializados no podremos sobrevivir ni siquiera en el espacio de nuestra vida urbana común. Esto que digo del desierto se puede decir también del mar o de cualquier espacio abierto. Los espacios abiertos de la tierra son el

mar, el desierto, la estepa y la selva.

¿Qué es, por otra parte, lo territorial? Es una obra del hombre o del animal. Podemos decir que los animales, entre ellos el hombre, separan de un espacio abierto cierto espacio delimitado para lo cual utilizan marcas, los colores de una planta, los olores, los sonidos, etc. Las aves, por ejemplo, cantan en un extremo de su territorio con una cierta tonalidad para atraer a su pareja y cantan con otra tonalidad en el otro extremo, para avisarles al resto de las aves que ese territorio les pertenece: una tonalidad de la voz cumple la función de agresión para que no sea invadido el territorio mientras que otra tonalidad corresponde a la función sexual invitando a la pareja a que entre en el territorio. Esto es lo que se llamaría crear el territorio: establecer marcas y luego relacionar esas marcas entre sí. El animal recorre estas marcas creando un ritmo; va de una marca a otra, va de un extremo del territorio al otro, afirmando su posesión en un espacio territorial que conocerá cada vez mejor. En ese proceso lo que hace es afirmar un ritmo de poblamiento. Todo esto lo encuentran ustedes perfectamente descrito en Konrad Lorenz y en otros etólogos.

El ritmo de poblamiento se traduce finalmente en un estilo de poblamiento. Todo acto de creación conduce a la creación de un estilo. Crear es crear un estilo. Así, la creación territorial crea un estilo para poblar el territorio, un ritmo, una manera de vivir,

una relación no solo con el espacio sino también con el tiempo. Podríamos ver igualmente la creación territorial en los niños que juegan en un parque: el parque sería el espacio abierto, pero los niños crean su territorio y sus marcas, trazan ciertos límites de manera que quien sobrepase los límites pierde el juego; en el juego se distribuyen también las funciones y los roles diciendo, por ejemplo, pin uno, pin dos, pin tres... y cada quien adquiere una función y un rol, de la misma manera como el animal ubica y garantiza el ejercicio de sus funciones. Lo mismo que decimos para niños y animales podríamos decirlo para el arte. Hacer arte es crear un territorio, con marcas, con ritmos, con estilos de poblamiento. En música, por ejemplo, hay ritmos crecientes y ritmos decrecientes capaces de producir un declive que lleva a un solo sonido o al silencio. Hay música también con ritmo constante. Lo que quiero señalar es que el territorio como obra del animal o del hombre no tiene nada de negativo. Otra cosa es la territorialización improductiva o despótica. Sin embargo, el territorio no es jamás lo terrígeno. Una vez más lo terrígeno es expresión propia de la tierra y lo territorial es expresión animal y humana.

Con relación a lo territorial pudiera añadir una breve idea. Hay dos grandes estudiosos contemporáneos de Grecia que son Jean Pierre Vernant y Marcel Detienne. Cuando Marcel Detienne se pregunta por qué la filosofía

apareció en Grecia, da una posible respuesta y es una respuesta territorial. Dice primero que los griegos hicieron una reforma urbana por la cual crearon un centro, un espacio para hablar y a ese espacio lo llamaron *ágora*. Allí se reunieron los filósofos y los políticos. Allí hablaban y allí se definió: la vida urbana. Pero lo interesante de este pensador es que dice que ese espacio griego, el lugar de habla, nació en los bosques con los guerreros. Los guerreros griegos iban por los bosques y desbrozaban una zona, creaban un círculo en el bosque; en el centro del círculo colocaban el botín o tal vez no colocaban nada. Lo importante es que se reunían en círculo en ese claro del bosque y allí hablaban. Así se generaron los primeros filósofos, dice Detienne.

¿Por qué en Oriente hay religión y no filosofía y por qué la filosofía es griega? Tal vez porque en Oriente la luz viene del cielo, de arriba; y cae sobre los hombres. En cambio en Grecia la luz, entendiendo por luz la *aleteia*, la verdad, la palabra, nace de ese claro del bosque y después en el *ágora*. Es un ejemplo también de lo territorial.

El gran problema con lo territorial está en la *territorialización*, si aceptamos utilizar esa larga palabra de difícil pronunciación. La territorialización consiste en descargarle a lo territorial un aparato rígido ya sea geométrico o semiológico. Por ejemplo, cuando los hebreos estando en el desierto fueron orientados por sus propios

sacerdotes se dio origen a una geometrización, a un control, a la creación de orientaciones en el desierto: el norte, el sur, etcétera. No eran orientaciones nómades buscando los oasis sino orientaciones territorializantes.

Ese territorio abierto llegó a convertirse en un territorio de captura. En un libro como *Mil mesetas*, de Deleuze y Guattari, se lee que los sacerdotes hebreos lo que hacen es señalar primero un norte y decir “esta vida en el desierto no es una vida plena, tenemos que llegar a la meta del más allá para poder alcanzar la plenitud y la felicidad”. En ese sentido la vida libre del desierto se convierte en una vida de carencia y se pone toda la vida en relación con el más allá. Y después, mirando hacia el sur, los sacerdotes promueven o condenan la fiesta y la orgía y entonces se confunde la creación y la libertad con la fiesta y la orgía. Allí tendríamos otro polo de control peligroso de esa vida libre. Y más tarde, mirando hacia el oriente, el sacerdote hebreo recuerda a los pueblos hindúes y dice “esta vida es pura apariencia, nosotros somos fantasmas, tenemos que suprimir nuestros goces porque el goce es fantasma; debemos hacer el sacrificio de esta vida y suprimir el goce”. Y finalmente está el occidente, un lugar hacia donde no se podía mirar porque aquel que pasara más allá de las columnas de Hércules, en Gibraltar, moriría. Hacia occidente se anuncia la muerte, Todo esto es territorializar el territorio. Así lo territo-

rial, que puede ser un acto de creación, que puede ser dinámico y móvil, sobre todo si guarda relación con lo terrígeno, llega a ser territorializado. La pérdida de libertad y de creatividad es el peligro de la territorialización.

De ahí la importancia de señalar que siempre cabe la posibilidad de la desterritorialización, escapando de esa territorialización rígida. Salir de ella quiere decir recuperar lo territorial libre y lo terrígeno como fuerza misma de la tierra. No olvidemos que la tierra no es forma, no es muro o muralla, no son puntos fijos; tampoco es fuerza: con ella las marcas se desplazan e igualmente los territorios. La tierra puede llegar a volverse indiscernible con el cielo, puede cambiar como cambia el desierto con las ondulaciones de arena. En la tierra hay variabilidad. En cambio la territorialización es formación de centros de gravedad, de lugares en donde se realizan las actividades humanas repetitivas convirtiendo los territorios en lugares rígidos.

La gran posibilidad del territorio es no perder de vista esa relación con lo terrígeno, con las fuerzas mismas de la tierra que en el fondo son las fuerzas de la misma vida. Porque lo mismo que decimos de la tierra se podría decir de la vida en general. Cada uno de nosotros tiene una doble presencia de la vida: por una parte “esta vida nuestra” en la que nos reconocemos, a la que controlamos, a la que limitamos. Pero por otra parte, a través de “esta vida” pasa

el flujo libre de “la vida”, una vida que rompe los límites en los que tratamos de colocar nuestra vida o “esta vida”.

Pudiéramos terminar haciendo referencia a un texto que trata de la distinción planteada entre “una vida” y “esta vida”, distinción que finalmente es la misma que hemos establecido entre la tierra y los peligros de la territorialización. Es un ejemplo que toma Gilles Deleuze de Charles Dickens, el novelista inglés. Dice Deleuze que nadie mejor que Dickens para contarlo que es “una vida” como fuerza libre y cómo se diferencia de “estas vidas” en las que nos encerramos, que nos limitan y que nos reducen: un hombre malo, un canalla, un criminal, un hombre rechazado por toda la sociedad, es rescatado moribundo por unos ciudadanos que lo cuidan y sienten una especie de respeto por él. Todos se esfuerzan por salvarlo y sienten amor por ese moribundo así sea un criminal. Y se sienten felices ante el menor signo de vida del moribundo. Entonces en lo más profundo de su coma el hombre se siente penetrado por una dulzura, la dulzura de la atención que recibe. El hombre está entre la vida y la muerte y entre ellas hay un momento en el que no se presenta nada distinto que la fuerza de la vida jugándose toda con la muerte. No es la vida de un hombre; es la vida que nos atraviesa a todos como fuerza y que lucha allí contra la muerte. Finalmente el criminal se salva. “Pero a medida que el hombre retorna a la vida, a esa vida que él tiene,

que él controla, que él conoce, a medida que vuelve a encerrarse en su vida de criminal y abandona la relación con esa vida libre que lo comunica con todos, entonces el hombre va recuperando toda su burdeza y toda su maldad”.

De manera que ése es el peligro de las territorializaciones. Estar territorializado es estar encerrado en unos esquemas de comportamiento que nos alejan de lo terrígeno y de la vida.

Pues bien. En relación con la revista *Territorio cultural* a la que no sólo le deseo muchos años sino todo un milenio de éxitos, quisiera que su bello nombre la condujese no hacia la territorialización ni la captura, sino más bien a poner en relación lo territorial con lo terrígeno y con la vida, como fuerzas dinámicas que hablan a través del territorio.